

Carlos Be

Muere, Numancia, muere

Segunda versión

Carlos Be
Muere, Numancia, muere

Muere, Numancia, muere se estrenó el lunes 23 de julio de 2012 en el Teatro Conde Duque de Madrid, con dirección del autor y el siguiente reparto: Fran Arráez como Scipio; Juan Caballero como Navia y El hombre muerto; Jose Gamo como Buntalos y Cato; Carmen Mayordomo como Aunia; Mentxu Romero como Amaina y La esclava de los tiempos, e Iván Ugalde como Caciroy Kaeso

Muere, Numancia, muere en su segunda versión se estrenó el martes 3 de diciembre de 2013 en el Teatro Camarín del Carmen de Bogotá, con dirección del autor y el siguiente reparto: Antoine Bladovichs como El hombre muerto y Ambon; Camilo Buitrago como Buntalos y Cato; Alejandro Cristancho como Caciroy Kaeso; Julieth Correa como Amaina y La esclava de los tiempos; Gloria Helena Corredor como Un perro; Lina María Millán como Aunia; Fernanda Rodríguez como Scipio II, Rosa Romero como Cara y Scipio III; Rocío Trujillo como Scipio I; Alejandra Suárez como Navia y Camila Vanegas como El otro perro.

© Carlos Be, 2013
hola@carlosbe.net
www.carlosbe.net

La gestión de derechos de propiedad intelectual de *Muere, Numancia, muere* corre a cargo de la agencia literaria y teatral Aura-Pont:

Aura-Pont s.r.o.
Veslařský ostrov, 62
147 00 – Praga
República Checa
aura-pont@aura-pont.cz
www.aura-pont.cz

A Ana, a Fran y a Jan

Poscia, più che 'l dolor, poté 'l digiuno.¹

DANTE ALIGHIERI, *Divina Commedia*

¹ N.d.A.: “Lo que no pudo el dolor, lo pudo el hambre”.

Dramatis personae,
por orden de aparición:

AUNIA

LOS PERROS,
en número de dos

SCIPIO,
general romano

EL HOMBRE MUERTO

BUNTALOS,
esposo de Aunia

CACIRO

AMBON

CARA

NAVIA,
hermana de Aunia

AMAINA,
hermana de Buntalos y esposa de Caciro

CATO,
soldado romano

KAESO,
soldado romano

LA ESCLAVA DE LOS TIEMPOS

Introducción

Aunia, los perros y Scipio.

Un perro encuentra el cuerpo sin vida de Aunia. Intenta retirarlo antes de que llegue Scipio y llama al otro perro para que acuda en su auxilio. Entre ambos, desalojan el cuerpo sin vida de Aunia.

Scipio.

Scipio se presenta ante el público.

SCIPIO.— ¡Buenas noches, estimado público!
(Scipio enuncia el nombre del teatro o la compañía que presenta la obra)
 se complace en presentarles
 ¡*Muere, Numancia, muere!*,
 moribundía en trece estertores y agonías
 a partir de *La destrucción de Numancia*
 de Miguel de Cervantes,
 interpretada por *(enuncia al resto de los actores por su nombre)* y un servidor:
 Publius Cornelius Scipio Aemilianus Africanus, aunque puede que un nombre
 tan largo no les suene de nada. ¿Mejor Scipio el Joven? ¿Scipio el Africano
 Menor? ¿Ahora sí? ¿Se acuerdan? No me digan que no, ¿no pertenecerán us-
 tedes a los perdedores? La memoria se alía siempre con la victoria. Ah, casi
 prescindo del director y autor firmante de estas palabras:

Escupe al suelo.

SCIPIO.— Carlos Be.
 Les explico. Todo teatro debe probar mi saliva. Mi sal en presencia temple el
 rito de la escena. Ustedes no saben aún muy bien de qué va todo esto, no son
 gente de armas, o al menos eso creen, pero ante ustedes tienen a Publius Cor-
 nelius Scipio Aemilianus Africanus, Publius Cornelius Scipio Aemilianus
 Africanus,
 quien sepultó Cartago
 bajo mil toneladas de sal
 secretadas de mis labios húmedos
 gramo a gramo para que esa tierra nunca,
 nunca más, fuera fértil ni nada, nada creciera en ella,
 ni siquiera un suspiro.²
 Mi sal. Este teatro ya sabe a qué atenerse, ¡vamos a comprobarlo!
 Vengan conmigo, síganme. Quiero mostrarles un secreto, ustedes que no son
 gente de armas.

Se gira.

² N.d.A.: En el año 146 a.C., Scipio dio fin a 118 años continuados de enfrentamientos entre romanos y cartagineses. La III Guerra Púnica (149–146 a.C.) concluyó con el sitio y la ulterior devastación de Cartago. Las tierras de la capital cartaginense fueron sepultadas en sal, convirtiéndolas en yermas.

SCIPIO.- ¡Buenas noches, estimado teatro! ¡Muéstranos lo nunca visto antes de la guerra!

En el centro del escenario, frente a Scipio, aparece, imponente, un muerto de pie. Un hombre desnudo, inmóvil. Su piel, cubierta de flores.

SCIPIO.- ¡El hombre muerto!
¡Cuánta belleza! Insoportable.
¡Muere, Numancia, muere!

Scipio sale. El hombre muerto permanece quieto en el centro del escenario. Su expresión inerte no es en absoluto amistosa.

Aunia y Buntalos.

Entre flores como amenazas, la pareja observa el cielo.

AUNIA.— Amor, ¿puedo confesarte algo?

BUNTALOS.— Claro.

AUNIA.— No quiero que me malinterpretes.

BUNTALOS.— No lo haré. Dime.

AUNIA.— No me siento triste. ¿Me entiendes?

BUNTALOS.— A ver. Creo que no.

AUNIA.— Sabemos que no somos inmortales.

Risas de perros.

BUNTALOS.— Sí.

AUNIA.— Lo sabemos.

BUNTALOS.— Sí.

AUNIA.— Lo sabemos tú y yo, ahora. Y los nuestros. Pero antes no. Antes no lo sabía nadie. Sólo yo. Yo lo he sabido de siempre. Por eso no me pongo triste.

BUNTALOS.— ¿De siempre?

AUNIA.— Sí, de siempre.

BUNTALOS.— Lo que pasa es que te duele y no quieres pensar en ello.

AUNIA.— No.

BUNTALOS.— No quieres acordarte de nadie a quien hayas querido y perdido.

AUNIA.— Sí me acuerdo y no me importa acordarme. Me acuerdo de mi madre. Y de mi hermano mayor. ¿Qué miras? ¿Por qué me miras así?

BUNTALOS.– No lo sé. De repente te he visto como de muy cerca.

AUNIA.– Estás muy cerca.

BUNTALOS.– Pero toda. De muy cerca, vamos. Como si sobrevolara tu rostro en avión un día muy despejado.

AUNIA.– Soleado. De verano.

BUNTALOS.– Sigue hablando.

AUNIA.– ¿Sigues volando?

BUNTALOS.– Sigue hablando.

AUNIA.– En el entierro de mi madre toda la familia lloraba. Se había reunido mucha gente. Mi padre no permitió que me separara de él ni un instante. Me dejó los dedos marcados en la muñeca durante días. Nunca le había visto tan arrugado, temblando, la cara llena de nudos, todo pelo y lágrimas. Es muy raro cuando se muere alguien. De pronto, tienes la sensación de no conocerle del todo. Como si no te esperases que fuera a morir. Morir, a quién se le ocurre, y sin avisar. Con mi hermano mayor me pasó lo mismo.

BUNTALOS.– Fue diferente.

AUNIA.– No.

BUNTALOS.– A él le mataron.

AUNIA.– La sensación fue la misma. Permanecíamos a distancia de los buitres, para no espantarlos. No hacía falta. Hacía mucho que nada espantaba a los buitres. Uno de ellos le picoteaba los ojos.³

BUNTALOS.– Estaba contigo.

AUNIA.– Parecía como si siguiera mirándonos. Muerto pero seguía mirándonos. ¿Sigues sobrevolándome?

BUNTALOS.– Sí.

AUNIA.– Para mí, siempre has estado en el cielo.

BUNTALOS.– En el cielo no ha estado nadie.

AUNIA.– Tú. Y yo, contigo.

³ N.d.A.: Los numantinos muertos en combate eran colocados sobre una cúmulo de piedras a la intemperie para ofrecer sus cuerpos a los buitres, considerados animales sagrados.

BUNTALOS.– El día que lleguemos al cielo, nada de todo esto volverá a ocurrir. No se repetirá de nuevo. No puede repetirse de nuevo.

AUNIA.– ¿Me quieres?

BUNTALOS.– Sí. Mucho.

AUNIA.– ¿Saldremos de esta?

BUNTALOS.– Sí.

AUNIA.– Mentira. Ya vivimos en una gran mentira.

BUNTALOS.– No.

AUNIA.– Quisiera ser fuerte como un hombre y salir a pelear al campo de batalla. Como tú. Contigo.

BUNTALOS.– Te necesito aquí para cuando vuelva. Me encantan tus manos en las heridas de mi espalda.

AUNIA.– ¿Y yo? ¿Yo no te necesito aquí?

BUNTALOS.– ¿Qué te pasa hoy?

AUNIA.– No quiero que mueras. Tú no. No quiero que mueras.

BUNTALOS.– No moriré.

AUNIA.– Lo harás, como todos. Y me sentiré triste. Por primera vez en mi vida. Y no quiero. No quiero que mueras.

Entra Caciro seguido de Amaina, Ambon, Cara y Navia.

CACIRO.– ¡Buntalos!

BUNTALOS.– Caciro.

AUNIA.– Viene a buscarte.

BUNTALOS.– Sí.

AUNIA.– ¿Por qué no se va él y te quedas tú?

CACIRO.– Te aseguro que si estuviera en mi mano, iba yo por él.

BUNTALOS.– No lo has decidido tú. Ni yo tampoco.

AUNIA.- Tu padre.

BUNTALOS.- Tengo que irme.

AUNIA.- Eres valiente. Quédate conmigo.

BUNTALOS.- Eso sería ser cobarde.

AUNIA.- Cobardía es no seguir tus sentimientos.

BUNTALOS.- Tengo que irme.

AUNIA.- ¡Te quiero!

BUNTALOS.- Y yo, amor.

AUNIA.- ¡Quédate conmigo!

BUNTALOS-. Volveré.

Buntalos y Caciros salen. Amaina les sigue.

Aunia, Ambon, Cara y Navia.

AUNIA. – ¿Qué te pasa, hermana?

NAVIA. – Tengo frío.

AUNIA. – Si quieres puedes dormir conmigo esta noche.

NAVIA. – No.

AUNIA. – No me molestarás. No puedo dormir.

NAVIA. – Hace mucho que salieron.

AUNIA. – Sí.

CARA. – Días.

NAVIA. – Estás tan fría como yo.

AUNIA. – Antes, esperar nos caldeaba.

NAVIA. – La de ahora es otro tipo de espera.

AUNIA. – ¿Has tenido otro de tus sueños?

NAVIA. – No. Sí.

CARA. – ¿Qué soñaste?

NAVIA. – No me acuerdo.

AUNIA. – ¿Otra vez esa mula?

NAVIA. – Sí.

AUNIA. – ¿Y qué pasaba?

NAVIA. – Le abríamos las puertas de la ciudad.

CARA. – Nadie puede abrir las puertas de la ciudad.

NAVIA.– Lo hacíamos,
le abríamos las puertas
y la mula sin cabeza
entraba en Numancia.
Ahora me doy cuenta de lo que significa.

AUNIA.– Necesito que vuelva Buntalos.

NAVIA.– La mula sin cabeza enfilaba nuestra calle y al llegar a la altura de nuestra casa se asomaba por la ventana. Tú no dormías y yo sí. Y acercaba su cabeza que no existe a mi jergón y su aliento helado me despertaba y tú me preguntabas “¿Qué te pasa, hermana?” y yo te decía “Tengo frío”.
¿Aún estoy soñando? Aunia, ¿sigo soñando? ¡Despiértame, por favor! ¡Despertadme! ¡Despertadme!

CARA.– Estás despierta.

NAVIA.– ¿Y tú, hermana?

AUNIA.– Yo también. Estamos despiertos. Todos.

NAVIA.– ¿Sí? Dime qué te gustaría comer. Decidme: ¿qué os gustaría comer?

AMBON.– ¿Cómo?

NAVIA.– Ya. ¿Qué te gustaría comer?

AMBON.– Estás loca.

AUNIA.– ¿Por qué lo preguntas?

NAVIA.– Es la manera de saber si estamos soñando o no. Si aparece comida, es un sueño.

CARA.– Pues...

NAVIA.– Dí.

AUNIA.– Me conformaría con... Hace mucho que no te veía sonreír.

NAVIA.– ¿Estoy sonriendo?

AUNIA.– Sí.

NAVIA.– Será que he empezado a mentir. A mentirme a mí misma.

AUNIA.– Buntalos volverá.

NAVIA.– No os he dicho cómo continúa el sueño.

CARA.– Si te has despertado.

NAVIA.– Hacia la puerta abierta,
porque la puerta de la ciudad ha quedado abierta,
hacia la puerta abierta por última vez, avanza...

AMBON.– Los romanos.

NAVIA.– No, los romanos no. Los romanos permanecen a distancia, inmóviles,
en guardia,
y por el prado avanza un hombre vestido de flores
hacia Numancia.
¿Dónde vas?

AUNIA.– A ver si Buntalos ha regresado.

Aunia sale.

NAVIA.– No me dejes sola.

Navia se estremece. Un hálito helado.

CARA.– Tenemos que escapar, tenemos que escapar cuanto antes.

AMBON.– Es muy arriesgado...

CARA.– Es el momento. Sin ti, no lo conseguiré jamás.

AMBON.– Vamos a morir.

CARA.– Cuando dirás algo que no sepa. Es el momento.

NAVIA.– Quiero ir con vosotros.

AMBON.– No. No puedes.

NAVIA.– Pero...

CARA.– No puedes, Navia.

NAVIA.– ¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero...!

AMBON.– ¡Calla! Ni una palabra más, ¡silencio!

Ambón y Cara salen.

NAVIA.– No me dejéis sola... No me dejéis sola... No me dejéis sola...

Amaina y los perros.

Los perros insultan a Amaina desde más allá del cerco.

AMAINA.- ¡Basta! ¡Basta! ¡Callad!

UN PERRO.- Te olemos.

EL OTRO PERRO.- Sabemos quién eres.

UN PERRO.- ¿No tienes nada para nosotros?

EL OTRO PERRO.- Asesina.

UN PERRO.- Mataste a tu hijo.

EL OTRO PERRO.- Dánoslo de comer.

UN PERRO.- Estamos hambrientos.

EL OTRO PERRO.- Dinos dónde lo enterraste.

UN PERRO.- Dánoslo de comer.

UN PERRO.- Vamos...

EL OTRO PERRO.- Vamos a devoraros.

UN PERRO.- Puta.

EL OTRO PERRO.- Puta.

AMAINA.- ¡Iros! ¡Marchaos!

UN PERRO.- Grita...

EL OTRO PERRO.- Grita todo lo que quieras a ver si viene el hombre...

UN PERRO.- ... al que le mataste su hijo.

EL OTRO PERRO.– ¡Qué puta eres!

UN PERRO.– Asesina.

AMAINA.– ¡Basta! ¡Basta!

UN PERRO.– ¡Grita!

AMAINA.– ¡Caciro!

Entra Aunia.

AMAINA.– ¿Y Caciro? ¿Dónde está Caciro?

AUNIA.– Tranquilízate. Está en vuestra casa, solo. Dónde quieres que esté.

AMAINA.– ¿Qué haces aquí?

AUNIA.– Espero a que regrese Buntalos y tu padre y tus hermanos.

AMAINA.– Hacía noches que papá no pegaba ojo. Tramaba su plan y no podía dormir. Por miedo a su propio plan. Hacía tanto que no veía a alguien con miedo en esta ciudad. A todo nos acostumbramos. Y se levantaba y merodeaba por toda la casa, hasta el amanecer, que volvía a acostarse. Y entonces dormía como un lirón. Tan tierno.

AUNIA.– Hablas de él como si estuviera muerto.

AMAINA.– Sabes tan bien como yo cuánto hace que se fueron. Lo está. Está muerto. Él y tu Buntalos y mis otros cuatro hermanos. Estoy harta de tantos muertos. Mi última familia, de un solo golpe.⁴

AUNIA.– Tienes a Caciro.

AMAINA.– ¿Y para qué quiero a Caciro? Nunca saldremos de aquí. Y no me lo niegues, lo sabemos todos, nunca saldremos de aquí. ¡Yo quiero salir de aquí! Hoy he discutido con Caciro.

AUNIA.– No seas tonta.

AMAINA.– No quiero nada de él.

AUNIA.– Pero él te quiere.

⁴ N.d.A.: Amaina y Buntalos son hijos de Retógenes, también apodado Caraunio, destacado habitante de Numancia. Junto a sus últimos hijos varones y los últimos caballos disponibles, logró superar el cerco y alcanzar la población de Lutia, donde solicitaría ayuda contra los romanos.

AMAINA.— ¿Y de qué me sirve? Dime, ¿de qué me sirve?

AUNIA.— ¿Dices que saldrás de aquí y no crees en su amor?

AMAINA.— Mira a ti de qué te ha servido el amor.

Perdona.

Buntalos también es mi hermano...

Perdona.

AUNIA.— Para nada. No me ha servido para nada, pero si lo hubiéramos pensando antes, entre todos, puede que ahora no estuviéramos así. Lástima que nunca vayamos a saberlo. Estáis locos. Estamos locos.

AMAINA.— Quizás sí. Si los romanos...

AUNIA.— Si los romanos, ¿qué?

AMAINA.— Quizás sí exista un mañana.

AUNIA.— ¿Cómo?

AMAINA.— Quizás llegue la paz.

Una tremenda risotada interrumpe la conversación.⁵ Entra Scipio.

SCIPIO.— Perdón, no he podido contenerme por más tiempo.

AMAINA.— He dicho que quizás llegue la paz. Si vosotros...

SCIPIO.— No tienes ni idea de lo que estás hablando.

AMAINA.— ¿Tú sí?

SCIPIO.— ¿Acaso la conoces?

AMAINA.— ¿A quién?

SCIPIO.— A la paz. ¿La conoces?

AMAINA.— No, pero pondría la mano en el fuego que tú tampoco la conoces.

SCIPIO.— ¡Qué equivocada estás! La conozco y, además, debo confesarte que la conozco muy pero que muy personalmente. Íntimamente.

Cuando nos quedamos a solas, le encanta abrirse de piernas, mis labios salados hundidos en su entrepierna.

⁵ N.d.A.: “Sans doute, il n'est pas encore temps de faire le bien” (*Fragments sur les institutions républicaines*, Louis Antonie León Saint-Just).

Su sexo se abrasa con mis besos.
Es mi res más sumisa.

AMAINA.– Creo que te confundes. Yo hablo de la paz, no de la muerte.

SCIPIO.– La confundida eres tú. Permíteme un poco más de poesía.
¿Qué es la paz sino la muerte desnuda,
su uniforme echado sobre el mundo?
Por cierto, ¿qué hacéis despiertas a estas horas? ¿Esperáis a alguien?

AUNIA.– No...

AMAINA.– No le hagas caso.

AUNIA.– ¡Buntalos volverá!

SCIPIO.– Te iría bien con los juegos de azar. Mejor que a tu amado, seguro. Volverá. Él volverá. Él sí. Solo. Aunque no tardará en irse de nuevo y esta vez sí que será para siempre a menos que lo impidáis, pero no quiero fastidiarles la historia a nuestros espectadores.

AMAINA.– ¿Y mi padre? ¿Mis otros hermanos?

SCIPIO.– ¡Pssst! Ciao!

Scipio sale.

Aunia y Amaina retoman la escena en el punto en que la habían dejado.

AMAINA.– Quizás sí exista un mañana.

AUNIA.– ¿Cómo?

AMAINA.– Quizás llegue la paz.
Quizás llegue.
Llegará.
No te preocupes.

Entran Buntalos, Caciros y Navia.

AUNIA.– ¡Amor!

BUNTALOS.– Amor... Amaina...

AMAINA.– ¿Has vuelto...?

BUNTALOS.– Sí...

AMAINA.- Solo.

BUNTALOS.- Sí.

Amaina, Aunia, Buntalos, Caciro y Navia.

BUNTALOS.– Mi padre se abría paso, la rama de olivo en alto. Nada. Nada. Nada. Nuestra señal de auxilio, ignorada por las ciudades.

CACIRO.– Tendría que haber ido con vosotros.

BUNTALOS.– No había más caballos.

CACIRO.– Ahora sí que no hay más caballos.

AMAINA.– Tanto tiempo alejándolos de nuestra hambre, ¿para qué? Nos los tendríamos que haber comido cuando podíamos.

CACIRO.– Pensar constantemente en el hambre no ayuda en nada, Amaina.

BUNTALOS.– No hablamos de la misma hambre. Nuestra hambre es la necesidad de cambio.

CACIRO.– Es cierto.

AMAINA.– ¿“Es cierto”! Cuéntaselo a tu hijo
lo que es cierto
que me devoraba por dentro
porque también era tu hijo
y también tenía hambre
o lo has olvidado
y te juro que tenía hambre,
te lo juro por mis entrañas,
si no llego a acabar con él,
acaba él conmigo.

CACIRO.– Tendría que haber ido con vosotros. Al menos habría puesto fin a la vergüenza de no poder calmar el hambre de mi hijo aún no nato.

BUNTALOS.– Nuestra hambre no es nada comparada con el apetito de la muerte.

AUNIA.– “No es nada”...

NAVIA.– Bulimia. La muerte no tiene apetito. Tiene, padece bulimia.

AUNIA.- No comprendo por qué los ancianos de Lutia...

BUNTALOS.- Miedo, amor, miedo.

AUNIA.- No lo entiendo. ¿A qué?

BUNTALOS.- Al hambre. Al cambio.

AMAINA.- Yo tampoco lo entiendo, pero creo que ya es porque me he devorado el propio entendimiento. El entendimiento, el miedo, el amor...

AUNIA.- El amor no.

AMAINA.- Tú aún no. El miedo devoraba a papá por las noches, le desvelaba por las noches pero al amanecer ya lo había engullido todo y volvía a acostarse. ¡Desgraciado! ¿Por qué me ha hecho esto! ¿Por qué...!

CACIRO.- Amaina...

AMAINA.- ¿Qué queda de nosotros como personas? ¿En qué nos hemos convertido? ¿En qué me he convertido? ¿Qué me queda dentro!

BUNTALOS.- ¿En qué nos han convertido?

CACIRO.- ¿Por qué nos traicionaron los ancianos?

BUNTALOS.- Si hubieseis visto a mi padre
a lomos de su cabalgadura
con el rostro iluminado
al abrirse las puertas de Lutia
ante nosotros.

Nos dieron de beber y de comer y sacrificaron a los caballos para acabar con su sufrimiento...

AMAINA.- Ahórrate los detalles.

CACIRO.- ¡Amaina!

BUNTALOS.- Cuando asistieron a mi padre, quisieron retirarle la rama de olivo del puño cerrado. No pudieron. La rama se había fundido con las llagas de su mano. Eran tan jóvenes y amables, parecían tan puros.

CACIRO.- Malditos ancianos.

AUNIA.- No defender a sus propios hijos, a sus propios nietos.

CACIRO.- En Numancia no queda ningún anciano con vida.

AMAINA.— Nosotros somos los ancianos de Numancia, ¿o crees que esto puede llamarse juventud?

BUNTALOS.— Scipio llegó tan pronto. Rodeó la ciudad como hiciera con Numancia e instó a sus habitantes a entregarnos. En su mano izquierda sostenía un frasco de cristal. Y ahora lo que quería contaros. Lo que no he contado a la asamblea.

AMAINA.— ¿Qué?

BUNTALOS.— Espero que podáis perdonarme.

NAVIA.— ¿Qué pasó?

AUNIA.— Me estás asustando.

BUNTALOS.— Mi honor. No soy yo quien tuviera que seguir con vida. Mi padre se sacrificó por mí. Fue él quién salió escogido en el sorteo que él mismo propuso, era para decidir quién regresaba a Numancia, para informar de lo sucedido, mientras el resto permanecía en Lutia e intentaba organizar la resistencia, a los jóvenes... Salió él en el sorteo, pero me obligó a cambiar el resultado. Rebuscó en su zurrón y me mostró el perro de cobre partido.

AUNIA.— Vuestra tésera.

BUNTALOS.— Sí.

AUNIA.— Con la que le habías prometido obediencia absoluta.⁶

BUNTALOS.— Me preguntó si llevaba la otra mitad conmigo y le dije que sí. Tenía que haberle dicho que no. Unimos las dos piezas. Había llegado el momento de cumplir la promesa. Por cumplir la tésera, mi padre ha muerto por mí. Por mi honor, mi padre ha muerto y yo no. Lo peor es que ahora sé que si hubiera fallado a mi honor no me habría dolido tanto como abandonarle en Lutia y regresar sin él. Yo le he matado.
Yo he matado a mi padre.

CACIRO.— Tu padre no ha muerto.

AMAINA.— ¿Qué dices?

BUNTALOS.— No has entendido nada de lo que...

⁶ N.d.A.: Las téseras eran planchas laminadas con formas de animales o manos entrelazadas, inscritas por una o más caras y elaboradas principalmente en hierro y bronce. Además de otros usos variados, las téseras servían como documento para sellar pactos.

CACIRO.— No lo entendéis vosotros. Vuestro padre no puede morir. Scipio teme su nombre. Debemos mantenerle con vida. Buntalos, debemos mantener a tu padre vivo. Caraunio, vivo.

BUNTALOS.— Querido Caciro. Tienes razón.

AUNIA.— Pero...

AMAINA.— ¿Y qué haría nuestro padre ahora?

CACIRO.— Lo primero, no dejarse llevar por la compasión.

BUNTALOS.— Tienes razón.

CACIRO.— ¿Y después? ¿Qué haría vuestro padre después?

BUNTALOS.— Vengarse. Vengarse. ¡Vengarse!

Scipio.

SCIPIO.– La belleza puede presentarse bajo formas infinitas.⁷

Los alineamos frente a los cinco numantinos ejecutados.

Frente al padre y los cuatro hijos. El padre tenía una rama clavada en la palma de la mano. Y la cabeza a sus pies.

Es un chiste.

Cuatrocientos jóvenes con sus ochocientas manitas. En fila.

Ahora viene la segunda parte del chiste. Seguro que os hace más gracia. Un poco de paciencia. Valió la pena viajar durante la noche para llegar a Lutia a primera hora.⁸

Les pedimos que nos entregaran a los rebeldes. Si no, arrasáramos la ciudad. Nadie ha olvidado el patético episodio de la ciudad de Cauca, qué desgracia. La sangre aún se ve en los muros de las casas y mira que han pasado treinta años. No me extraña que nadie quisiera repoblarla. Se dice que en sus calles aún resuena el fatídico toque de trompeta que condujo a la muerte a todos sus habitantes. Veinte mil degollados a golpe de trompeta.⁹

⁷ N.d.A.: “Pues la belleza no es nada/ sino el principio de lo terrible, lo que somos apenas capaces de soportar, lo que sólo admiramos porque serenamente/ desdeña destrozarnos” (*Las elegías de Duino*, Raine Maria Rilke).

⁸ N.d.A.: En la actualidad, Lutia y Cauca corresponden a las poblaciones de Luzaga, en la provincia de Guadalajara, y Coca, en la provincia de Segovia, respectivamente.

⁹ N.d.A.: “[Lúculo], que estaba deseoso de gloria y necesitado de dineros por causa de su penuria, realizó una incursión contra los vacceos, otra tribu celtíbera, que eran vecinos de los arevacos, sin haber recibido ninguna orden de Roma y sin que los vacceos hubieran hecho la guerra a los romanos, ni siquiera hubieran cometido falta alguna contra el mismo Lúculo. Después de cruzar el río Tajo, llegó a la ciudad de Cauca y acampó frente a ella. Sus habitantes le preguntaron con que pretensión llegaba o por qué motivo buscaba la guerra, y cuando les contestó que venía en ayuda de los carpetanos, que habían sido maltratados por ellos, se retiraron de momento a la ciudad, pero le atacaron cuando estaba buscando madera y forraje. Mataron a muchos de sus hombres y a los demás los persiguieron hasta el campamento. Tuvo lugar también un combate en regla y los de Cauca, semejantes a tropas de infantería ligera, resultaron vencedores durante un cierto tiempo, hasta que se les agotaron los dardos. Entonces huyeron, pues no estaban acostumbrados a resistir a pie firme el combate y, acorralados delante de las puertas, perecieron alrededor de tres mil. Al día siguiente, los más ancianos, coronados y portando ramas de olivo de suplicantes, volvieron a preguntar otra vez a Lúculo qué tendrían que hacer para ser amigos. Éste les exigió rehenes y cien talentos de plata y les ordenó que su caballería combatiera a su lado. Cuando todas sus demandas fueron satisfechas, decidió poner una guarnición en el interior de la ciudad. Los de Cauca aceptaron también esto y él introdujo dos mil hombres cuidadosamente elegidos, a quienes dio orden de que cuando estuviesen dentro ocuparan las murallas. Una vez que la orden estuvo cumplida, Lúculo hizo penetrar al resto del ejército y, a toque de trompeta, dio la señal de que mataran a todos los de Cauca que estuvieran en edad adulta. Estos últimos perecieron cruelmente invocando las garantías dadas, a los dioses protectores de los juramentos, y maldiciendo a los romanos por su falta de palabra. Sólo unos pocos de los veinte mil consiguieron escapar por unas puertas de la muralla de difícil acceso. Lúculo

Lutia. Los ancianos nos entregaron a los cinco numantinos.
Los ejecutamos.

A continuación, los ancianos esperaban que nos fuéramos pero nosotros, a continuación, no nos fuimos.

Preguntamos a los ancianos por la juventud que secundaba a los rebeldes.
“¿Dónde está esa juventud?”

Los ancianos no respondieron.

Incautos. La delación es un arma de doble filo.

Así que, a continuación, entramos casa por casa. Reunimos a un total de cuatrocientos jóvenes. En fila. Ante el verdugo. Una hazaña fabulosa, algo casi orgiástico. Quebrar la ternura no tiene parangón.

Llenamos un carro con las cuatrocientas manitas y nos dirigimos hacia Numancia. Los ancianos nos habían informado de que uno de los numantinos había conseguido escapar. Mejor para nosotros. La lástima es que nos creímos que se trataba de Caraunio.

Con los siglos se descubrirá que, en realidad, Caraunio murió en Lutia, el tipo de la ramita de olivo en la mano, el sin cabeza, pero, claro, aún no podíamos saberlo. Abandonamos la ciudad de Lutia al punto de mediodía. De telón de fondo, cuatrocientos jóvenes gritando contra el horizonte. Puede que cuatrocientos les parezcan muchos, ¿pero saben cuántos éramos nosotros? Ochenta y ocho millones. Si un carro lleno con cuatrocientas manos, ¿que les parecerían tropecientos carros con ochenta y ocho millones de manos? ¿Me siguen? Espero que sí. Estaríamos hablando del holocausto y a nadie le gusta hablar del holocausto. El judío fue de seis millones. ¿Qué son seis millones contra ochenta y ocho? Ni el imperio español en su época de mayor auge alcanzará una cifra semejante. No quiero extenderme más. Solamente concluir con una cita de *El misántropo* de Jean-Baptiste Poquelin, Molière: “la estimación siempre se funda en alguna preferencia determinada y estimar a todo el mundo es no estimar a nadie”.

¿Debo sentirme culpable por estimar a una mayoría?

¡Que levante la mano quien pertenezca a una minoría!

Mejor aún, ¡que levante la mano quien no pertenezca a ninguna mayoría!

¡Que levante la mano!

Scipio contempla la platea. Tanto si se alza alguna mano como si no, Scipio prosigue con su parlamento:

SCIPIO.— Como decía, la belleza puede presentarse bajo formas infinitas. Ah, del frasco de cristal hablaremos más adelante.

devastó la ciudad y cubrió de infamia el nombre de Roma. Los demás bárbaros corrieron juntos desde los campos hacia zonas escarpadas o ciudades más poderosas, llevándose todo cuanto podían y prendiendo fuego a lo que dejaban para que Lúculo no pudiera encontrar ya nada” (*De rebus Hispaniensibus*, Appiano di Alessandria).

Navia y Aunia.

NAVIA.– Sigo mintiéndome a mí misma. Sé que conseguiremos escapar.

AUNIA.– ¿Cómo?

NAVIA.– ¿De qué manera?

AUNIA.– Sí.

NAVIA.– Excavando un túnel, un túnel que empiece bajo el jergón y llegue hasta el otro lado del cerco.

AUNIA.– Nos llevaría años.

NAVIA.– Te digo que estoy mintiéndome. Por él huirían primero los locos y después las mujeres y los niños.

AUNIA.– ¿Y si descubrieran el túnel?

NAVIA.– Lo tapanían. Por un extremo y por el otro. Se llenaría de almas huecas.

AUNIA.– ¿No se te ocurre nada mejor?

NAVIA.– Volar como un ícaro.

Sin alas. En cometa. De noche.

Ante el cielo estrellado se elevarían más de mil cometas sobre Numancia y al cortar los cabos, caerían en picado más allá de la muralla, mil ícaros muertos sobre el prado.¹⁰

AUNIA.– Si cupiera la posibilidad siquiera de una tregua.

NAVIA.– Desestimada. Acuérdate de Cauca. Así entraron en la ciudad y al toque de trompeta...

Con un gesto rápido, Navia se pasa el dedo por el cuello.

¹⁰ “La libertad se acompaña siempre de responsabilidad. La libertad es como una cometa, vuela porque está atada. Si uno no se siente atado por la responsabilidad, por su deber, por sus necesidades, por sus creencias o filosofía de la vida, no puede volar.” (José Luis Sampedro).

AUNIA.- ¿Y Cara y Ambon?

NAVIA.- ¿Qué?

AUNIA.- ¡Lograron escapar!

Risas de Scipio.

NAVIA.- Cara y Ambon. ¿Cómo sabes que lo lograron?

AUNIA.- ¿Y por qué no? Tenemos que aprender de la esperanza de los demás...

Entra Scipio.

SCIPIO.- Disculpad, es que me parecéis tan graciosas. Con vuestro permiso: ¡entra vídeo!

Ambon y Cara aparecen con los ojos vendados, prisioneros de un perro y del otro perro.

UN PERRO.- Besito, besito, besito...

AMBON.- ¡No nos matéis!

UN PERRO.- “¡No nos matéis!”

CARA.- Por favor, por favor, por favor...

UN PERRO.- ¿Estás cansada? Lo entiendo. Agota tanto aspirar a la inmortalidad.

EL OTRO PERRO.- Agota, sí.

UN PERRO.- ¿Queríais ser héroes? ¿Ser eternos? La eternidad es una parábola. La conjunción exacta te sitúa en su cima. Fulguración.

EL OTRO PERRO.- La equivocada, te arrolla.

UN PERRO.- El eje horizontal, el esfuerzo. El vertical, el reconocimiento.

EL OTRO PERRO.- La ecuación de la eternidad se calcula a través de cinco variables.

UN PERRO.- Religión.

EL OTRO PERRO.- Historia.

UN PERRO.- Fronteras.

EL OTRO PERRO.- Memoria.

UN PERRO.- Raza.

EL OTRO PERRO.- La religión maneja una serie de valores, unos puntúan más que otros. La mayoría, eso sí, descuentan.

UN PERRO.- La humildad...

EL OTRO PERRO.- ... está en alza.

UN PERRO.- Incrementa la subordinación.

EL OTRO PERRO.- Lo cual complace mucho a la religión.

UN PERRO.- Puntúa doble.

EL OTRO PERRO.- La historia. Es la vida o la muerte.

UN PERRO.- Decisiva. Irrevocable.

EL OTRO PERRO.- La existencia.

UN PERRO.- Real o falsa.

EL OTRO PERRO.- Depende de los datos.

UN PERRO.- Ciertos o inciertos.

EL OTRO PERRO.- Las relaciones espurias son la excepción. Varios acontecimientos se relacionan entre sí por una cadena de casualidades.

UN PERRO.- El azar es como un papel carbón. Une el original y la copia sin causa ni efecto.

EL OTRO PERRO.- Las fronteras.

UN PERRO.- Sólo se trascienden en el siete por ciento de los casos.

EL OTRO PERRO.- Siempre y cuando te encuentres en la cima.

UN PERRO.- La memoria.

EL OTRO PERRO.- La más humana, la más falaz.

UN PERRO.- Impredecible.

EL OTRO PERRO.- Patológica.

UN PERRO.- Me irrita hablar de la memoria.

EL OTRO PERRO.- Dejémoslo. Besito...

CARA.- Por favor...

EL OTRO PERRO.- Por último...

UN PERRO.- ... la raza.

EL OTRO PERRO.- Un perro jamás alcanzará la inmortalidad si no es a la sombra de un humano.

UN PERRO.- ¿La naturaleza pensará lo mismo de los hombres?

EL OTRO PERRO.- Esto es lo que piensa la naturaleza.

El otro perro saca una pistola y a bocajarro les dispara a la cabeza a Ambon y Cara.

SCIPIO.- ¡Muchas gracias! ¡Os dejamos de nuevo con la programación infantil!
Ciao!

Scipio sale.

NAVIA.- ¿De qué esperanza tenemos que aprender? Vamos a morir. Por su culpa. ¿Qué te pasa? Antes no tenías ningún interés por salir y ahora eres peor que Amaina.

AUNIA.- Hasta ahora sólo me he preocupado de mí misma. He sido una egoísta, mientras Buntalos lo entregaba todo... Creo en el amor. Creo en él. Y no voy a perderlo. Pero como lo pierda, no respondo de mí misma.

Entran Caciro y Amaina. Amaina espera que Caciro hable pero este no habla.

AMAINA.- Di algo.

CACIRO.- ¿Qué quieres que diga?

AMAINA.- ¡Lo que sea!

AUNIA.- ¿Qué ha pasado?

CACIRO.– No encuentro las palabras. Hay palabras que nunca podrán alcanzar su significado. Como atroz.

AUNIA.– ¡Buntalos!

AMAINA.– Un carro en las puertas de Numancia. Con cuatrocientas manos, dicen los romanos. Las manos que vienen a ayudarnos, dicen. Cuatrocientas manos y cinco cabezas.

AUNIA.– Las piras no dejan de arder y los buitres dormitan en los rincones empachados.

AMAINA.– No las entregaremos ni a las llamas ni a los buitres.

AUNIA.– Estás loca.

AMAINA.– ¿Cuánto hace que se acabaron las provisiones?

AUNIA.– ¿Dónde está Buntalos?

CACIRO.– En las puertas.

AUNIA.– ¡No! ¡No quiero que vuelva a irse!

Aunia sale.

AMAINA.– Decidme quién es la loca ahora.

Aunia y Buntalos.

AUNIA.— Navia ha visto mil cometas en el cielo. Para escapar.

BUNTALOS.— No hay escapatoria. Ya no hay escapatoria. Sólo venganza.

AUNIA.— Ámame. No quiero que vuelvas a irte. Necesito sentir tu cuerpo huesudo sobre el mío. Cada día.

BUNTALOS.— No.

AUNIA.— Has cambiado. Has vuelto tan cambiado. No entiendo cómo puedo amarte todavía más.

BUNTALOS.— ¿Todavía más? ¿A un parricida?

AUNIA.— ¡Por favor! Ya no me miras como antes. Sólo ves las puertas. Mírame desde el cielo.

BUNTALOS.— Tengo cuatrocientas manos grabadas a fuego en las retinas.

AUNIA.— Sobrevuélame.

BUNTALOS.— Te estás comportando como una cría.

AUNIA.— No. Eres tú que ya no piensas en mí.

BUNTALOS.— No digas eso.

AUNIA.— ¿No es verdad?

BUNTALOS.— Lo siento.

AUNIA.— Nunca más podremos ser como antes.

BUNTALOS.— No.

AUNIA.— ¿Has visto esa nube?

BUNTALOS.— Sí.

AUNIA.- ¿No se parece un poco a...?

BUNTALOS.- Al enemigo.

AUNIA.- Ves al enemigo por todas partes.

BUNTALOS.- Está por todas partes.

AUNIA.- Yo creo que se parece a ti. Tu misma nariz. El perfil. Y en aquella estamos los dos juntos, echados uno frente al otro, las piernas así, entrelazadas, más. Como antes.

BUNTALOS.- La que se aleja.

AUNIA.- Sí.

BUNTALOS.- Se alejan todas.

AUNIA.- Mira las otras nubes. A nuestro alrededor. Parecen flores.

BUNTALOS.- Parecen amenazas. Debemos atacar. Con Caraunio a la cabeza. No podemos esperar más. Acabaremos devorándonos unos a otros.

AUNIA.- Nos falta el valor.

BUNTALOS.- ¿Cómo dices?

AUNIA.- Ellos creerán que eres Caraunio, pero los nuestros no. No eres Carau-
nio. Por eso nos falta el valor. Me siento tan vulnerable.

BUNTALOS.- Nos queda alcohol. Abriremos las puertas. Por última vez.

AUNIA.- No sabes lo que dices.

BUNTALOS.- ¿Alguien que lo sepa en esta situación?

AUNIA.- Escapemos. Podríamos intentarlo, con Amaina y Navia, o solos...

BUNTALOS.- ¿Cómo?

AUNIA.- Si yo te pido...

BUNTALOS.- ¿Qué?

AUNIA.- Que no vayas.

BUNTALOS.- Debo.

AUNIA.– ¿No hay otra opción?

BUNTALOS.– No.

AUNIA.– Pues déjame acompañarte. No tengo miedo. ¿No lo entiendes?

BUNTALOS.– Te librarás de hacerlo.

AUNIA.– ¡Te amo! Quiero que los buitres se nos lleven juntos al cielo. Lejos.

BUNTALOS.– Las mujeres no luchan.

AUNIA.– Pero sí mueren. A la postre, qué diferencia hay.

BUNTALOS.– Tema zanjado.

AUNIA.– ¿Cómo que tema zanjado? ¿Es que no te importo? ¿Qué soy yo para ti? ¡Qué te importa esa parte de mi vida que siempre abandonas! Pues que sepas que yo soy mucho más, que mi vida va mucho más allá de ti, más allá de cualquier hombre y más allá de esta ciudad, más allá de cualquier ciudad. Yo soy más que lo que os convenga a cualquiera de vosotros. Yo soy mucho más: soy mi vida. Adiós, Buntalos.

BUNTALOS.– No quiero salir a pelear con esas últimas palabras tuyas.

AUNIA.– Que te las borre el alcohol.

BUNTALOS.– Amor...

Aunia sale.

Buntalos y Caciro.

Buntalos y Caciro se emborrachan antes de partir hacia el combate. Apuran las últimas reservas de celia antes de enarbolar sus armas y salir al campo de batalla.¹¹

BUNTALOS.– ¡Caraunio! ¡Caraunio! ¡Caraunio...!

CACIRO.– ¡Caraunio! ¡Caraunio! ¡Caraunio...!

BUNTALOS.– ¡Caraunio! ¡Caraunio! ¡Caraunio...!

CACIRO.– ¡Cara...! ¡Buntalos! ¡Buntalos, no!

BUNTALOS.– Las puertas se abren por última vez para los muertos vivientes numantinos y muero con el nombre de mi padre en los labios y me pregunto a cuánto debe quedar el cielo y pienso en Aunia y en los nombres que nunca daremos a nuestros hijos y ya está, se acabó, el tiempo pasa sobre mí como una tabla rasa y ya nada me parece ni bien ni mal y al caer mi cuerpo se levanta una polvareda y me golpeo con la frente contra la barra y me despejo y ante mí el camarero me observa impasible y el polvo cae sobre las botellas y a un lado y a otro borrachos como yo inclinados sobre sus taburetes ahogándose en sus vasos y un chino con un pólipo enorme en el cuello juega a la tragaperras del rincón y encima de él un televisor con imágenes de cuando el hombre llegó a la luna y debe ser 1969 y quiero gritar “¡Si por fin sabéis a cuánto queda el cielo de la Tierra por qué seguís así, por qué seguís así, por qué!”, pero sólo consigo tumbar el vaso y se rompe en añicos contra el suelo, “Si de verdad hemos llegado al cielo cómo es que aún no hemos alcanzado la paz, a menos que sea mentira, a menos que esas imágenes también sean mentira... Sólo quiero una certeza, una única certeza para vivir, una sola a la que aferrarme...” y farfullo “Amor...” y sólo quiero olvidar, olvidar, olvidarme de todo y pasar a otra escena, cambiad las luces, lo que sea, pero dejadme morir, morir sin fin, olvidadme, olvidad cualquier cosa que tenga que deciros, ¿cuántas vidas necesito para poder olvidar?, ni bien ni mal, en paz, de verdad, olvidar y seguir, de verdad, morir, seguir y olvidar. De verdad.

Buntalos muere y tras su muerte, el actor que le encarnaba se incorpora lentamente. Entra Scipio.

SCIPIO.– La muerte siempre es justa. Por su silencio.

¹¹ N.d.A.: Bebida alcohólica de trigo fermentado.

Scipio le hace entrega de un uniforme. El actor se cambia y adopta un nuevo papel en la obra. A partir de ahora, es Cato, soldado romano.

Aunia y Caciro.

AUNIA.— Me acuesto sin él y le echo de menos. No me pongo triste pero le echo de menos. Pensaba que me pondría triste pero ya ves, no, pero sí le echo de menos. No sé si me entiendes. Le amaba, le amaba terriblemente, por la poca luz que le quedaba, tan poca que parecía algo casi inútil. Se la veía en los ojos, aquí, en los párpados, como dos cabezas de aguja, brillantes, tan poca era la luz que le quedaba. Y sus huesos y sus brazos, extremadamente velludos, recubiertos de tanto pelo alborotado, algunos rubios como canas, los he tocado tantas veces y ahora las extraño todas, lo necesito tanto, tantas noches, tantos días, tanto ahora. Le hice tanto daño antes de morir, daño para alejarle de mí, daño para alejarme de él...

CACIRO.— Nunca hemos visto el mar.

AUNIA.— No. Nunca.

CACIRO.— Me gustaría verlo. Lanzar un mensaje de esperanza, de socorro, al mar. En una botella. Una botella arrojada al mar. A la deriva.

AUNIA.— Nosotros nos encontramos en el interior de esa botella. Nosotros somos el mensaje.

CACIRO.— Me voy.

AUNIA.— ¿Adónde?

CACIRO.— Al mar.

AUNIA.— Tú y yo nunca hemos sido amigos.

CACIRO.— Supongo que no. Un hombre y una mujer nunca pueden ser amigos.

AUNIA.— ¿Tú aún la notas?

CACIRO.— ¿El qué?

AUNIA.— La diferencia. Hombre y mujer. ¿La notas?

CACIRO.— No, ya no.

AUNIA.- ¿Por el dolor?

CACIRO.- Por el hambre. ¿Puedo contarte algo?

AUNIA.- Por favor.

CACIRO.- Sobre Amaina.

AUNIA.- Dime.

CACIRO.- Tal vez ya conozcas la historia. Para casarme con ella, ¿lo sabes?

AUNIA.- Sí, pero da igual. Sigue.

CACIRO.- Ella tenía otro pretendiente y su padre nos retó a competir por la mano de su hija. El primero que le hiciera entrega de la mano amputada de un romano se casaría con ella. De aquella incursión conservo mi primera cicatriz romana. Esta... Ah, no, esta.

AUNIA.- ¿Puedo tocarla?

CACIRO.- Sí. Me casé con ella a cambio de una buena cicatriz romana. Es todo lo que he recibido.
Siempre he creído que prefería al otro.

AUNIA.- ¿Quién?

CACIRO.- Murió hace mucho. Qué más da. Acabaremos muriendo todos, ¿no?

AUNIA.- Sí.

CACIRO.- Por eso me encantaría ir al mar. Un lugar donde nunca he estado.

AUNIA.- ¿Cómo lo vas a hacer?

CACIRO.- Esta noche.

AUNIA.- No puedo.

CACIRO.- Sí puedes. Hazlo por mí.

AUNIA.- No, no puedo.

CACIRO.- Por favor. Esta mañana...

AUNIA.- No puedo.
Ya no.

No me queda amor. Nada.

Creía que el amor era el pacto más sagrado que podía existir entre dos personas, pero me he equivocado.

No me queda amor.

No te preocupes, no le diré a nadie lo que acabas de pedirme.

CACIRO.— Gracias.

Caciro y Amaina.

CACIRO.- Esta mañana he visto un niño agarrado con uñas y dientes a la quijada de un caballo muerto desde hacía días. Su madre no podía soltarlo, el niño mordisqueaba los restos de carne que colgaban del hueso sin importarle los gusanos que devoraran el cráneo por dentro. Esto es insufrible.

AMAINA.- Necesito un mendrugo de pan. Ese cráneo, ¿dónde lo has visto?

CACIRO.- Necesitamos libertad.

AMAINA.- ¡Hablas como Buntalos!

CACIRO.- Él nunca haría lo que yo he hecho esta mañana.

AMAINA.- ¿Qué? ¿Qué has hecho? ¿Qué pasa, Caciro?

CACIRO.- He matado a alguien.

AMAINA.- ¿Y?

CACIRO.- He matado a una persona. Me lo ha pedido. Por la calle. Después de ver a ese niño...

AMAINA.- Estás acostumbrado a combatir, a matar...

CACIRO.- ¡No es lo mismo! ¡No es lo mismo! ¡No es lo mismo!

AMAINA.- ¡Pues imagínate si fuera tu hijo! ¡Sal ahí fuera y diles que detengan todo esto, que nos rendimos, que se acabe todo esto de una puta vez!

CACIRO.- ¿Qué...? Hablas como...

AMAINA.- ¡No hablo, grito por todos los tiempos! Sávanos! ¡Sal y habla de una puta vez, joder...! Sávanos...

Entra Scipio acompañado de Cato, los perros y el hombre muerto.

SCIPIO.- Tranquila, ya vengo yo. Cómo están los ánimos.

Amaina se retira.

SCIPIO.- A ver, cuéntame.

CACIRO.- Nos rendimos.

SCIPIO.- ¿Cómo dices?

CACIRO.- Nos rendimos.

SCIPIO.- No es posible.

CACIRO.- ¿Cómo?

SCIPIO.- Cato, díselo tú que a mí no me ha entendido.

CATO.- No es posible.

CACIRO.- Pero...

Scipio hace un gesto a Cato.

CATO.- No es posible.

Scipio repite el gesto.

CATO.- No es posible.

CACIRO.- Hablo en representación de Numancia. Nos rendimos. Dejamos las armas.

SCIPIO.- Armas me sobran.

CACIRO.- No te entiendo.

SCIPIO.- La guerra es algo mucho más serio que unos cuantos muertos aquí y allá. ¿Qué más vais a dejar?

CACIRO.- A nosotros.

SCIPIO.- ¿Incondicionalmente?

CACIRO.- No.

SCIPIO.- Entonces, os aniquilaremos igualmente.

CACIRO.- Solicitamos la paz.

SCIPIO.– ¡Me parto! Cato, dile qué es la guerra.

CATO.– La guerra es nuestro estado.

SCIPIO.– Cato, tráeme el frasco de Numancia.

La humanidad se originó con una guerra y se extinguirá con otra guerra, otra que no es sino la misma que la del principio. La humanidad es guerra y la vida es guerra. La guerra es nuestro estado y sólo concluye con la muerte.

Querido Caciro...

¿Qué...?

¿Te has presentado aquí así, no, bajo ese nombre? Caciro.

Caciro es tu nombre, ¿no?

CACIRO.– Sí.

Cato muestra un frasco de cristal. De repente, Caciro se percata de que se encuentra en los dominios de Scipio.

SCIPIO.– Entonces, ¿de qué te sorprendes? ¿De mi voz? ¿De cómo lo he pronunciado? ¿Sí?

Lo sé, no hace falta que me lo digas, sé que tengo una voz irresistible. No esperabas que algo en mí te gustara. ¿Será que los extremos no existen? Al final resultará que aún conserváis un ápice de humanidad. Será que los extremos no existen.

Fíjate en este frasco de cristal, ¿lo ves bien? ¿No respondes?

CACIRO.– A quien no le queda un ápice de humanidad es a ti.

SCIPIO.– Qué triste.

CACIRO.– ¿El qué?

SCIPIO.– Espero que sea el hambre que te ofusca. ¿Quieres probar algo de todo esto?

¿Sí?

¿No?

¿No dices nada?

Deberías comer algo, a ver si se te suelta la lengua un poco más, parece que hable solo.

Acércate, no te cortes, está todo para chuparse los dedos.

Sabes que, a diferencia de ti, pasaré a la historia. Lo haré como Scipio el Joven o el Africano Menor, por mi abuelo adoptivo, Scipio el Viejo, Scipio el Africano Mayor. No me satisface especialmente, pero me conformaré. A la historia no puedes agitarla con muchas reflexiones, demasiado lodo acumulado en las profundidades. Te confesaré con qué nombre me habría gustado pasar a la historia:

Scipio el Creador de Mundos.

Suena muy grandilocuente, ¿no? Cuando lo pienso, suena bien, pero en cuanto lo digo en voz alta, la verdad es que suena muy grandilocuente. Por eso me gusta.

Por eso y porque es cierto.

¿Ves este frasco de cristal? Pertenece a una colección sin fin. Contiene un mundo, un mundo creado por mí. Crear un mundo es más sencillo de lo que parece, sólo tienes que aislar una porción del universo: que nada entre, que nada salga. Introduce un insecto en un frasco y séllalo. Sólo saldrá de una manera. De la misma que terminará la humanidad. Con la muerte. Numancia la he creado yo y tú vienes a contarme qué, ¿que no sé lo que he creado?

Todo eros tiene su tánatos. Soy el Creador de Mundos. También su Exterminador. ¡Basta! La conversación no es de lo más fluida. Me aburro un poco. ¿Te pasa a ti lo mismo, Cato?

CATO.- Sí, señor.

SCIPIO.- Mucho o poco.

CATO.- Un poco, señor.

SCIPIO.- Cato tampoco es un dechado de elocuencia. Controlo incluso su grado de hastío. En cierta ocasión alguien dijo o dirá que si las palabras pierden integridad, también la pierden las ideas que expresan.¹² Me gustaría apropiarme de la cita. Cato, ¿algún escriba cerca? Déjalo, da igual, hoy no estoy de suerte. De verdad, querido Caciro, ¿no hay nadie en esa ciudad con un poco más de luces? Tampoco pido mucho, alguien mínimamente divertido, ni que sea por un rato.

Ah, perdón. Han muerto todos.

Sólo quedas tú.

Sí, así, mírame así. Mono enfurecido. O peor aún, porque ni siquiera los monos se bañan en su propia orina como hacéis vosotros.

CACIRO.- Tú.

SCIPIO.- ¿Qué?

CACIRO.- Hazlo tú.

SCIPIO.- ¿El qué?

CACIRO.- Hazlo. Báñate en tu propia orina. No te atreves. Tu orina no está limpia. No es pura. La nuestra, sí.

¹² N.d.A.: “[...] ¿Quién se atreverá/ a reconocerse en ellas/ y firmar su pulso inquieto?/ Su verdadero significado” (*Las palabras que amenazan*, Kepa Murua).

SCIPIO.— ¡Bárbaro! Por qué os creeréis con la razón, los protagonistas, si no sois nadie. Nacéis considerándoos ganadores y nunca lo habéis sido. Qué engaño más patético. Qué estúpidos sois. Todos.

Todos vosotros.

También va por ti, Cato. ¿Algo que decir?

CACIRO.— Está todo dicho. Hablaré con mi gente.

SCIPIO.— Mira el frasco. ¿Ves lo que hay en su interior?

CACIRO.— Nada. No veo nada.

SCIPIO.— Porque en su interior no hay nada.

SCIPIO.— Eso es lo que quedará de Numancia.

SCIPIO.— Nada.

SCIPIO.— De esta y de todas las Numancias que existieron, existen y existirán jamás en el mundo.

SCIPIO.— Nada.

CACIRO.— Tú nos has encerrado.

SCIPIO.— Sigue.

CACIRO.— No nos has permitido cruzar tu frontera, pero hemos cruzado otras, otras que ni tú ni nadie conseguirá cerrar nunca: las que existen en nuestro interior. Y cuando una ciudad, su gente, cruza sus fronteras interiores, no hay frasco que la detenga.

SCIPIO.— Mira bien. Has dicho nada.

CACIRO.— Resistencia.

SCIPIO.— ¿Qué?

CACIRO.— Voy a decirte lo que veo. Veo resistencia. Manifestación. Huelga.

SCIPIO.— Os distanciáis de vuestros iguales.

CACIRO.— Tenemos hambre. Ideas.

SCIPIO.— Pues una de dos: morir o el terrorismo. Ninguna os favorece.

CACIRO.— No queremos escoger. Proponemos.

SCIPIO.— Hablemos en serio de una vez. ¿Qué pretendéis? ¿Que nos rindamos nosotros?

Querido Caciro, ahora que estamos solos. Entre tú y yo, tienes que saber que me has caído bien. Simpático. Por eso quiero hacerte una oferta. Una proposición. Personal. No digas nada. Atiende primero, por favor. Me gustan los chicos valientes. Sé que quieres volver a la ciudad o morir en el acto, una de dos. Atiende. Si vuelves, sabes qué te espera. Lo has visto en el frasco. Si te quedas, te ejecutaremos. En el acto. Limpiamente, palabra. Pero antes te concederemos un pequeño placer, eso sí. Comerás todo lo que desees. Y después te mataremos. Tentador. ¿Qué dices? Habla.

Arde la mirada de Caciro.

Scipio ríe.

Caciro decide.

Navia y Aunia.

Navia ríe en sueños.

AUNIA. – ¿De qué reías?

NAVIA. – ¿Cómo?

AUNIA. – Reías. Creo que reías. Ni me acuerdo de cómo suena una risa.

NAVIA. – ¿Estaba riendo?

AUNIA. – Sí.

NAVIA. – En sueños.

AUNIA. – ¿De verdad?

NAVIA. – Sí.

AUNIA. – Qué envidia. Tienes unos sueños increíbles.

NAVIA. – El hambre los agudiza.

AUNIA. – Cuéntamelo.

NAVIA. – ¿El qué?

AUNIA. – El sueño. Cuéntamelo. Necesito que me lo cuentes.

NAVIA. – Nunca me has pedido nada. Nunca me has necesitado. Siempre era yo quien iba de tu mano de un lado de otro. ¿Te acuerdas en el funeral de mamá?

AUNIA. – No.

NAVIA. – ¿No te acuerdas de mí?

AUNIA. – ¿Dónde estabas...? Me acuerdo que papá no me soltaba la mano.

NAVIA. – Yo te agarraba la otra, no me separé de ti.

AUNIA.– No me acuerdo. Cuéntame tu sueño. Necesito cuentos. Historias. La nuestra se está acabando.

NAVIA.– Es una tontería.

AUNIA.– Todos los cuentos lo son. Sólo perpetúan tonterías. Así somos. Queremos que todo dure.

NAVIA.– Al menos, lo bueno. El sexo lo perpetuamos como amor...

AUNIA.– No sabía que pensaras de ese modo.

NAVIA.– Somos hermanos. Algo tendremos en común, aparte de la mala memoria.

Aunia ríe triste.

NAVIA.– ¡Qué era eso!

Como una criatura que descubriera la risa por primera vez, Aunia se asusta de sí misma.

AUNIA.– ¿Una risa?

NAVIA.– Parecía.

AUNIA.– Nunca habíamos hablado de esta manera, hermana.

NAVIA.– No. Algo se acerca.

AUNIA.– Alguien está esforzándose por borrarlos de la historia. ¿Qué más?

NAVIA.– ¿Qué más qué?

AUNIA.– Todo lo que cambiamos en mentiras para que perdure.

NAVIA.– El trabajo lo convertimos en seguridad. El trabajo dignifica, el trabajo os hará libres: “Arbeit macht frei”. Y la sangre, la sangre la perpetuamos como familia...

AUNIA.– Y los días, el tiempo, como estercolero.

AUNIA.– Cuéntame lo que acabas de soñar.

NAVIA.– Estaba en un lugar cerrado, iluminado con luz artificial, no fuego: luz artificial. Llevo un sombrero muy extraño, pegado al cráneo, con visera, y una mujer que no se parece en nada a ti pero que eres tú pasa por delante de un

cristal que no se acaba nunca y de pronto me siento encerrada y en una mesa cercana al cristal hay un hombre que aparta la vista de unas hojas y mira afuera y te ve... Tiene los ojos blancos, llenos de luz...

AUNIA.- No parece un sueño muy divertido.

NAVIA.- Es lo que he pensado, pero de repente me he visto vestido de aquella manera, con aquella indumentaria, tan ridículo, disfrazada de no sé qué, y me he asustado de algo sin saber qué y me ha entrado la risa y he empezado a reírme. Es que era para verme, ¡una pinta!, ¡y qué cara! Y aquel olor tan intenso, a hacinamiento.

AUNIA.- No entiendo por qué nos hacen esto. ¿Qué es lo que quieren? Se consideran mejores, mejores por lo que nos hacen. ¿Se sentirán felices?

NAVIA.- Sí, deben ser felices.

AUNIA.- No puede existir esa felicidad falsa, nace de la mentira.

NAVIA.- Sí puede existir y existe. Y es idéntica a la real.

Entra Amaina.

AMAINA.- Caciro no ha vuelto.

AUNIA.- Conserva la esperanza, Amaina.

AMAINA.- Soy la única que conserva la esperanza
y duele como un alacrán acorralado
que se clava su aguijón vacío, sin veneno
y sólo duele, no mata, sólo duele...
Qué vais a entender vosotros.
¿Y si ha escapado sin mí?

AUNIA.- No digas eso.

AMAINA.- Navia, lo habéis hablado. Posibilidades de escapar.

NAVIA.- Era un juego, ilusiones.

AMAINA.- Él se ha escapado. Lo ha conseguido.

NAVIA.- Amaina, no.

AMAINA.- ¿No qué? ¡Si sabes algo...!

NAVIA.– No ha escapado. Puede que el destino le haya deparado un futuro mucho mejor que el nuestro, pero no ha escapado.

AMAINA.– ¿Cómo lo sabes?

NAVIA.– ¿Cómo lo sabes tú?

AMAINA.– ¡Si pudiera salir de aquí, si pudiera! ¡Quiero salir de aquí!

Aunia abofetea a Amaina.

AMAINA.– Aunia...

AUNIA.– ¿Qué?

AMAINA.– ¿Por qué no me entiendes? Sin él no soy nada.

NAVIA.– A la guerra no la detiene nadie. Nunca muere. La gran mentira.

AUNIA.– Hablas como ellos.

NAVIA.– Si no hablara como ellos, viviríamos en un mundo muy distinto a este. Adiós, hermana.

AUNIA.– Te vas.

NAVIA.– Sí. Para siempre. Quizás nos encontremos tras el cristal.

AUNIA.– ¿Me reconocerás?

NAVIA.– No.

AUNIA.– En el sueño...?

NAVIA.– No te reconocía. No. Sin futuro, los visionarios somos los primeros en extinguirse. Adiós, hermana.

AUNIA.– Adiós, hermana.

NAVIA.– Te quiero.

AUNIA.– Adiós.

Navia se extingue. Fin de Navia.

SCIPIO.– Parece ser que al final se han decidido a hacer algo.

KAESO.- ¡Ataquemos, señor!

SCIPIO.- ¿Perdón?

KAESO.- Perdón, señor. He dicho que ataquemos, señor. Deben encontrarse muy debilitados y...

SCIPIO.- ¿Qué rango tienes?

KAESO.- Soldado, señor.

SCIPIO.- ¿Y yo?

KAESO.- General, señor.

SCIPIO.- ¿Y sabes qué significa eso?

KAESO.- Sí, señor.

SCIPIO.- Mi madre me parió para general, no para soldado.

CATO.- Con su permiso, señor.

SCIPIO.- Dime, Cato.

CATO.- ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

SCIPIO.- Sabes que me gustan tus preguntas. Tienes una sensibilidad extraña para ser soldado.

CATO.- ¿Es esta la última Numancia?

SCIPIO.- Kaeso, ¿tú lo sabes?

KAESO.- No entiendo la pregunta, señor.

SCIPIO.- Para nada, Cato. Por fortuna, cada vez requeriremos frascos más pequeños.

CATO.- Gracias, señor.

SCIPIO.- ¿Tienes dudas acerca de tu cometido?

CATO.- No, señor.

SCIPIO.– Te pareces mucho a un rebelde que nos lo complicó bastante en su momento, aunque no me preocupa. El tiempo se alía siempre con la victoria. Qué quedará de ti dentro de unos siglos.

CATO.– No sé a qué se refiere, señor.

SCIPIO.– No era una pregunta. ¿Te gustan las hamburguesas?

CATO.– No lo sé, señor.

SCIPIO.– Numancia está ardiendo.
Kaeso, deja eso.

KAESO.– Sí, señor.

Kaeso deja de grabar con el móvil.

Amaina, Aunia, Scipio, Cato, Kaeso, los perros y el hombre muerto.

AMAINA.– Llegó el último aviso para los últimos ciudadanos de Numancia.

AMAINA Y LOS PERROS.– Exterminio o exterminio.

AUNIA.– Los últimos hombres quisieron abrir las puertas de la ciudad por última vez, combatir a campo abierto...

AMAINA.– ... pero ignoraban que las puertas de la ciudad ya habían sido abiertas por última vez.

AMAINA Y LOS PERROS.– Exterminio o exterminio.

AUNIA.– “Y después, cuando hayáis muerto todos”, les dijimos a los últimos hombres, “después, ¿qué pasará con nosotras, con las últimas mujeres, y con los últimos niños?”

AMAINA Y LOS PERROS.– Exterminio o exterminio.

AUNIA.– Y les dimos la mano a los últimos hombres y les dijimos “Somos el mensaje” y enfilamos juntos las calles de la mano del hombre muerto y la mula sin cabeza y bajo un cielo desgarrado de nubes celebramos la última asamblea. La última asamblea de Numancia.¹³

AMAINA Y LOS PERROS.– Exterminio o exterminio.

AUNIA.– Encenderemos la pira a mediodía. Numancia se encuentra más allá de cualquier realidad conocida. Más allá de la realidad. Y eso nos otorga una lucidez extrema. Más allá de sus murallas, todo se revela artificio. Somos una ciudad que ha decidido arder. Morir. Y cuando una idea muere, arde. ¿De qué lado estás? Del de ellos, ganarás siempre. Decídetes de una vez. Aquí cada uno es libre de hacer lo que quiera con su vida. Vamos a demostrar hasta dónde alcanza nuestra libertad.

AMAINA.– Seré la única que sobreviva.
Soy la esclava de los tiempos.

¹³ N.d.A.: La asamblea como órgano de participación democrática se remonta al origen de las sociedades. Su ausencia es causa y efecto de otros regímenes en los cuales sus miembros no poseen una paridad real.

AUNIA.– Vete. Ya tardas.

Amaina abre las puertas de la nada.

LA ESCLAVA DE LOS TIEMPOS.– Adelante.
Os abro las puertas de la nada.
Bienvenidos a Numancia.

SCIPIO.– La belleza puede presentarse bajo formas infinitas.

CATO.– No es belleza, señor.

SCIPIO.– ¿Qué dices?

CATO.– Bondad. No es belleza. Al filo de la esperanza, antes de arrojarse al vacío. Antes de la nada. La bondad.

SCIPIO.– ¿Dónde vas?

AMAINA.– Entrad, no temáis. Ya no queda mucho ahí detrás. Tan solo la verdad.

Amaina se transforma en esclava romana. Quizás en esclava fastfood. En cualquier caso, esclava de los tiempos.

Cato se detiene ante Aunia.

AUNIA.– Si quieres morir, date prisa. La muerte está agotada. No puede con un alma más.

CATO.– Quiero morir contigo...

Aunia y Cato mueren y con ellos muere esta escena y nace otra, protagonizada por los actores que interpretan a estos personajes. En esta nueva y última escena, él se sitúa en el interior de un fastfood, la cabeza apoyada en la vidriera, y ella le habla desde fuera. Scipio se mantiene aparte desde una posición distante aunque dominante como encargado del establecimiento.

AUNIA.– Y yo morir como tú y no dejaremos de morir y seguiremos muriendo hasta la última batalla en la Montaña de Maggedo¹⁴ y en cada encuentro nos reconocemos un poco menos y nos olvidaremos un poco más pero mientras yo te reconozca una milésima parte de lo que aún te reconozco seguiré deteniénd-

¹⁴ N.d.A.: Maggedo es uno de los múltiples nombres que recibe una montaña situada actualmente en territorio israelí en la cual, según la mitología bíblica, se desarrollará el último sitio que condenará a la humanidad a su extinción definitiva, el Armagedón. Esta palabra deriva de “monte Megido” en hebreo. Desde el año 925 a.C. y hasta 1948, la ciudad de Jerusalén ha sufrido un total de doce sitios. Así pues, *Muere, Numancia, muere* establece con el número 13 un paralelismo entre el desenlace definitivo de la obra y el de la humanidad.

dome y aunque tú te encuentres tras el cristal y me mires sin reconocirme, sin saber muy bien por qué has vuelto la vista hacia mí, aburrido de tener que memorizar las palabras de ese héroe del que nada esperas aparte quizás de un poco de fama sin importarte siquiera que se hayan manchado con grasa de las patatas, yo sé que aún siento algo por ti y me detengo frente a ti como ahora y apoyo la mano en el cristal y tú vuelves la vista adentro y el encargado me mira y yo empiezo a arder y ya no me miras, sólo tu espalda, y me duele el alma pero sé que tus ojos una vez me miraron blancos, llenos de luz y y te veo, veo tu espalda y siento tantas ganas de acariciarla como cuando la tenías llena de heridas

y aún me siento con ánimo para querer, para amarte,
aún tengo fuerza suficiente para sentirme
frágil en este mundo de fuertes
y voy a golpear el cristal...

El hombre muerto extermina a Aunia.

SCIPIO.— ... y en la calle, otra mujer se inflama, arde y se extingue.
Como un mensaje arrojado al mar en el interior de una botella.
De un frasco. De cristal.
A la deriva.

Scipio vuelca el frasco de cristal que sostenía. Nada cae de él.

SCIPIO.— Nada.
Estimado público,
el teatro ha cumplido una noche más
con su cometido: ¡en cada función, una Numancia menos!
Y recuerden, ¡permanezcan siempre en el lado del cristal que les corresponde!
Arrivederci!